

"Luisa" alzaba entre sollozos,
A las ocho su plegaria;
Cuando con fé solitaria
Escuchó extraño rumor.

—¡ Es él! dijo conmovida,
Lanzóse á la hermosa orilla,
A dó llegó una barquilla
Que traía á un pescador.

"¿ Eres tú?" preguntaba ella,
"¿ Eres tú?" le respondía
La voz que ella conocía,
La dulce voz de su amor.

Saltó á la arena el guerrero,
Alzó á los cielos su frente,
Pero un gemido doliente
De su pecho se escapó.

"¡ No tengo hogar!" exclamaba,
"Hecho allí....! está hecho ceniza...
¿ Dónde está mi padre? ¡ Luisa..."
Y la hermosa enmudeció.

"¡ Ah! le mataron traidores
Y aumentaron mis pesares....
Dí, ¿ quién le mató?

"¡ Linares...!"

¡ Padre....! estás vengado ya...."

Una ola entonces rodando,
Ola negra, furibunda,
Arrojó una cosa inmunda
Murmurando: "hélo, allá va...."

Lanzó un grito de agonía
La esposa del insurgente;
El cual, soldado y valiente
A la orilla se acercó.

Era el cuerpo de Linares
Que las olas arrojaron....
Al verle ambos exclamaron:
"¡ Dios que es justo, le mató....!"

PABLO J. VILLASENOR.

Guadalajara, Septiembre de 1851.



ACAPULCO

(Agosto de 1813.)

Altos montes, altos montes
De la soberbia Acapulco,
Regad de flores los mares,
Arcos levantad de triunfo,
Que estáis mirando á Morelos,
Que es vuestra gloria y orgullo.
En la isla de la Roqueta
Galeana la planta puso,
Y el castillo desde lejos
Está diciendo que es suyo.
Lo guarda don Pedro Vélez
Seren y meditabundo,
Diciendo de cuando en cuando:
"Perezco, y no capitulo."
Estragos siembra la peste,
Es el castillo un sepulcro,
Y parece que batallan,
Espantando, los difuntos.
El Vélez era valiente,
Y sin tacha entre los justos;
Pero su deber le manda
Quemar su último cartucho,
Y hombres que así se educaron
No saben cejar un punto.

El gran Morelos, en tanto,
 Al concluir el hondo surco
 De una mina cuyo estrago
 Era de éxito seguro,
 Proponer la paz á Vélez
 Con humanidad dispuso.
 Sus órdenes dió á Galeana,
 Que prolijo cumplir supo;
 Y á don Felipe González,
 Que era muy bravo y muy ducho,
 Le manda que se apodere
 De un pico, codo ó reducto,
 Protuberancia de un monte
 Que da sobre mar profundo,
 Al que sólo escalar pueden
 El pensamiento ó el humo,
 Y que le quita al castillo
 Acción, auxilio y recursos.
 El canónigo Velasco,
 Hombre de seso y de pulso,
 El mensaje llevó á Vélez.
 Este se mostró ceñudo,
 Pero en medio de sus dudas,
 Y cuando en el cielo puso
 Sus ojos, miró á González
 Del "Pico" dueño absoluto;
 Mas permaneció resuelto
 Hasta que no se le expuso
 Que tendrían los honores
 De la guerra él y los suyos,
 Del Rey marchando al servicio
 Con el honor limpio y puro,
 Entonces, y al ver entrando
 A las llamas en tumulto,
 Cogió el papel de Velasco,
 Firmó turbado y confuso,
 Y una lágrima furtiva
 Se enjugó con disímulo.
 Honra á Pedro Vélez hace

Morelos, sincero y justo;
 Pero el gobierno de España
 Y Calleja, furibundos,
 Sólo le hicieron justicia
 Cuando descendió al sepulcro.

GUILLERMO PRIETO:



EL COLOR DE LA BANDERA

Derramaba el sol de Marzo
sus magníficos fulgores,
sobre los agrestes campos,
y los encumbrados montes,
revestidos de follaje
y rebosantes de flores,
en la exuberante zona
que culebreando recorre
aquella cinta de plata
que va cambiando de nombre,
y es, Atoyac, rumoroso,
después Mexcala sa'obre,
de las Balsas, impetuoso,
ó del Oro, sin que asombre
ver mezclado en sus arenas
el metal que en todo el orbe
da movimiento á los pueblos
y salva ó pierde á los hombres.

Allí la Naturaleza
fué pródiga con sus dones;
en perpétua primavera
los campos y los alcores,
y embalsamado el ambiente
con una opulencia enorme
de perfumes que deleitan
y los sentidos absorben.

Pueblan el azul espacio
pájaros multicolores,
que al despuntar la mañana
lienan de trinos el orbe;
y hay frutas tan deliciosas,
tan bellas y multiformes,
que allí se bendice siempre
a Dios por tantos favores
como prodigó á esas tierras
donde son héroes los hombres.

Iguala, entre aquellos pueblos
afanosa se recrea,
con el orgullo que siente
el que algún recuerdo ostenta,
que como timbre de gloria
lleve escrito en su bandera.

Era el día 13 de Marzo;
el pueblo estaba de fiesta
porque allí el señor Guerrero,
con gran parte de su fuerza,
esperaba la llegada
de Iturbide, que ya era
el aliado poderoso
de aquella campaña excelsa,
desde que en estrecho abrazo
se unieron en Acatempan,
y viene de Teloloapam,
donde ha fijado sus tiendas
á tratar urgentemente
la adopción de la Bandera.

La hermosa plaza de Iguala
tiene entre muchas preseas,
cuarenta y dos tamarindos
cuyas copas opulentas
brindan deleitable sombra
en la estación veraniega,
y bajo ellos, con delicia
la gente se refrigera.

Al Oriente la Parroquia,
de arquitectura modesta

pero aseada y previamente
decorada con decencia,
y frente al costado Sur
de la referida iglesia,
hay una casa muy amplia,
aunque de humilde apariencia;
y es allí el alojamiento
que á los caudillos espera.

Los dos jefes denodados,
alrededor de una mesa,
rodeados de muchos otros
en cordialidad se sientan.

—Habla Iturbide: "Señores,
nuestro Plan de Iguala expresa,
que los tres grandes principios
que son la base suprema
de todos nuestros anhelos,
por la santa Independencia:
como hermosas garantías
para nuestra Patria excelsa;
son la Religión divina,
que norma nuestra conciencia,
La Unión, que nos hará fuertes,
y la Paz, fuente suprema
de esperanzas y de dichas,
que sobre nuestras cabezas,
harán caer mil bendiciones
de todas las almas buenas
"Pues estas tres garantías,
deben de ostentarse, bellas,
en los colores que lleve
nuestra flamante Bandera"

—"Muy bien dicho, exclamó Bravo,
perfectamente se expresa
con adecuados colores
la más complicada idea:
azul, que es color del cielo
la Religión representa,
la Unión, con pureza el blanco
y un rojo la Independencia,

que se conquistó con sangre
y con fuego se conserva."

—"Don Nicolás, los colores
que indica usted, no quisiera,
replicó Iturbide, porque
no dan exacta la idea,
y además, son los que flotan
en la bandera francesa,
y una imitación, sin gracia,
podría resultar la nuestra".

"Es necesario algo nuevo,
en que se demuestre impresa,
la fe de nuestros mayores,
lo grandioso de la idea,
el porvenir de la patria
y la majestad excelsa,
de un pueblo que al verse libre
quiere llegar á la meta
del poder, por sus virtudes,
del honor, por su nobleza
y con su constancia heroica
conquistó la Independencia."

—"Señor, dice Filisola
no creo imitación rastrera
seguir el mismo camino
que otros pueblos nos enseñan.
"España, que es nuestra madre,
tiene por glorioso emblema
barras de sangre y de gualda,
y con ellas representa
el fuego del patriotismo,
y el oro de su grandeza.

¿Por qué no escoger nosotros
esos colores, diversa
combinación solo dando,
que le cambie de apariencia?"

—"En los Estados del Norte,
dice Ravón, representan
barras de púrpura y nieve

la Unión sólida y la Fuerza;
y un cuadrado azul marino,
con el número de estrellas,
que son los Estados libres,
con que esa América cuenta."

Discurren García Moreno
Codallos, cuya verba
es florida y elegante
aunque usada con modestia.

Don Juan Alvarez opina
porque lleve como emblema
una águila caudalosa
destrozando á una culebra.

Cuando más acalorada
la discusión se presenta,
entra un mozo, conduciendo
en una enorme bandeja
una colosal sandía
de coloración tan bella
y tan jugosa y brillante
que causó, más que sorpresa,
regocijo á las personas
que á la discusión atentas
sudando estaban á mares,
y para las cuales era
aquella preciada fruta
como de la Providencia
regalo, en esos momentos
por lo grata y por lo fresca.

Batiendo palmas, Guerrero,
hacia Iturbide se acerca
y "Señor, dice, vencida
la dificultad se encuentra:
He aquí los bellos colores
que serán Nuestra Bandera,
y que esta preciada fruta
sin querer hoy nos presenta.
Verde, color de esperanza,
nuevo de primavera,

que es regocijo en las almas
y á nuestros ojos presenta
de Dios el Poder inmenso,
fuente de dicha suprema.
Blanco, la Fe, que nos liga,
el Honor y la pureza,
que son de nuestras acciones
el sello que les da fuerza;
y Rojo, rojo de sangre,
rojo de fuego, condensa
muy bien nuestros sacrificios,
simboliza nuestras penas,
y las vidas generosas
que ha costado nuestra empresa.
VERDE, BLANCO Y COLORADO,
en la forma en que se ostentan
en la delicada fruta,
que vino en hora suprema
á darnos luz al cerebro
brindando su dulce néctar."

Un aplauso estrepitoso
acogió la hermosa idea,
y fué tanto el regocijo,
tantas las enhorabuenas
que le dieron á Guerrero,
y tan señaladas muestras
de aceptación cariñosa
por su feliz ocurrencia,
que se dió por aprobada
la proposición sincera,
y el color de aquella fruta
refrigerante y suprema
quedó de gloria cubierto
flotando en NUESTRA BANDERA.

RAFAEL NAJERA.



LA BATALLA DE CALDERON

Encorvado el triste Enero
De mil ochocientos once,
Llegó con su barba cana
A la Historia dando voces,
Para que sus altos hechos
Grabe en duraderos bronce,
Y le dijo: "Hay un gran río
Que á Guadalajara corre
Entre accidentadas lomas,
Quebradas y peñas enormes;
Ancho puente le atraviesa
Que marcan macizos postes
De la extendida llanura
Hasta del río en el borde,
Y de allí pasa el camino,
Que se extiende ó se recoge,
Según que corta las lomas
O en ellas audaz se impone.
En la altura de las "Animas"
Mira el sol la masa enorme
Del ejército de Hidalgo
Y sus compactas legiones;
Al frente, como un remedo
Del plan, y cálculo y orden,
Pero después, á millares
Los caballos y los hombres,



Batalla en el Puente de Calderón

Y nadando en ese océano
Carros de parque y cañones.
Hay de la chusma algazara,
Del mando vuelan los toques
Perdiéndose en el tumulto
Como que nadie los oye. . . .
La derrota ya presagian
Los que la guerra conocen,
Pero 'la lucha es un triunfo',
Dicen otros campeones.
En la multitud descuellan
En sus corceles veloces,
Abasolo el indomable,
El firme y sereno Torres,
El rayo de Marte, Allende,
Aldama, brazo de bronce.
Hidalgo está en la reserva,
Y á su derredor agópanse
En bandadas los flecheros,
Jinetes en pelotones,
Hombres con cabos de lanza,
Con pistolas y garrotes
Y hondas de heridoras piedras,
Garfios, espadas y estoques.
Todos blandiendo sus armas,
Todos salvajes, feroces,
Obrando como enemigos
Al propagar el desorden.
Calleja está en la llanura
Con diez soberbios cañones,
Con obedientes soldados
Que la campaña conocen
Y con un Miguel Empáran
Que los maneja y dispone.
Otra columna encomienda,
Con orden que todo arrolle,
Al Conde de la Cadena,
Que es bueno entre los mejores,
Y que hace de sus soldados,
Con brioso ejemplo, leones.

Y Calleja se reserva,
 Ambicioso de gran nombre,
 El centro, con la certeza
 De que el triunfo le corone.
 La lid se traba; en torrentes
 Balas vomitan los bronce;
 Flon acomete esforzado
 Y el flanco ataca de Torres;
 Mas como fieras de infierno
 Le rechazaron, y entonces
 Allí hubiera sucumbido,
 Mas Villamil le socorre.
 Entretanto, de Abasolo
 La columna desbordóse,
 Entre el plomo y la metralla,
 Entre sangre y entre horrores;
 Y al río tiñe la sangre
 Que desde las lomas corre.
 Abasolo, cual torrente,
 Ya arrebató sus cañones;
 Pero Empáran con los suyos
 En trópel precipitóse,
 Y entonces, de la reserva
 De Hidalgo viendo el desorden,
 Calleja embiste atrevido,
 Y hacen los muertos montones.
 De pronto, con el estruendo
 Aquel campo estremeciése....
 El parque voló de Hidalgo,
 Al llano las llamas corren,
 Saltan en un mar de fuego,
 Entre humo y horror los hombres,
 Y las chusmas se desbandan
 Y dando alaridos corren.
 Hidalgo, Allende, Abasolo
 Y Aldama, cual fuertes robles
 Que al bravo huracán resisten,
 A la derrota se oponen,
 Y sólo desaparecieron

Cuando, rotas sus legiones,
 De combatir la esperanza
 Como el humo disipóse....
 "¡Viva el Rey!" los de Calleja
 Claman en gritos feroces,
 Mas les impone silencio
 Un cadáver que allí vióse,
 Y parece que desmiente
 Los lauros y los honores.
 Es Flon, honra de los bravos
 De la Cadena es el Conde.
 La sangre de sus heridas
 Negra se cuaja y no corre;
 Murió luchando valiente;
 Dios piadoso le perdone.

GUILLERMO PRIETO.



JUAN CUREÑA

I.

México guarda en su historia,
para el oprimido, ejemplos
de abnegación y heroísmo
que entusiasman por lo bellos;
por eso es digno del nombre
de libre y, también por eso,
de un lugar de preferencia
entre los más grandes pueblos
de los que asombran al mundo
con sus gloriosos recuerdos.

Después de que el Cura Hidalgo
por su bandera hubo muerto,
la causa de Independencia
debilitóse un momento:
que fué aquel golpe terrible,
aunque esperado, un suceso
que al conocerse en las filas
del Independiente Ejército,
más que de pavor, llenólas
de profundo desaliento.

Tan sólo en algunas almas
con el temple del acero,
aquel motivo no pudo
ser torcedor del denuedo;
al contrario, enardecidas
con la memoria del muerto,

pensaban en la venganza,
luchando con más empeño.

II

Rayón, el valiente jefe
á quien Hidalgo el inmenso
confió la empresa gloriosa
de dar libertad á México,
en Zacatecas luchaba
por los hollados derechos,
á pesar de las desgracias
con que le probaba el cielo.

Su situación, muy difícil,
le era más cada momento
porque todo conspiraba
contra su honrado deseo:
la escasez de muchos días
en hambre cambiósese luego;
la sed angustiosa vino
para aumentar sus tormentos;
el enemigo, muy cerca,
estaba como en acecho,
con fuerzas muy superiores,
pues llegaban á "quinientos,"
mientras Rayón no tenía
sino un reducido cuerpo,
de unos "cien" hombres formado,
para salirle al encuentro.
Además, entre las filas
iba ganando terreno
de Ponce, oficial infame,
el malhadado consejo,
según el cual perdonados
quedaban, por un decreto,
los que al Virrey se acercasen
y abandonaran sus puestos.

Rayón, con valor estóico,
iba pensando en todo esto,
en busca de una salida

que le librase del riesgo
de una deserción, terrible
en tan solemnes momentos,
ó al menos de alguna fuente
donde apagar los deseos
de aquella sed torturante
que aniquilaba á su ejército.

La situación era grave
y no tenía remedio,
por más que cerca estuviese
un lugar con elementos; (1)
pero estaba amurallado
y defendido por dentro

por el temible Larrainzar,
el jefe de los "quinientos"

¡Una victoria tan solo,
y Rayón quedaba dueño
del campo, abundante en agua,
en víveres y pertrechos,
y su poder, ya mermado,
quedaba entonces completo!
Mas ¿cómo obtener un triunfo
aunque fuese muy pequeño,
sin un cañón que ayudara
á destruir los parapetos?

¡Casualidad, fuerza extraña,
escondida en el misterio,
tus soluciones, á veces,
asombran al universo;
algunos con Dios te igualan;
yo en tí su poder venero!

Del crepúsculo indeciso
á los últimos reflejos,
de pronto lució una cosa
con el brillo del acero:
¡era un cañón! ¡qué alegría!,
¡ya eran de la "Hacienda" dueños!

(1) La Hacienda de San Eustaquio.

Olvidando sus desgracias,
en vítores prorrumpieron,
y en su placer no pensaron
en un grave contratiempo:
¡era un cañón sin cureña,
abandonado por eso!
¡Con sólo alzarle una vara
por sobre el nivel del suelo...!
Pero ¿cómo conseguirlo
si carecían de medios?
Por inservible, como antes,
le dejaban ya de nuevo,
cuando se acercó un soldado
en apariencia sereno,
que asombró con sus palabras
al exponer un proyecto.

Era aquél hombre un valiente
de antecedentes modestos,
que por su patria luchaba
y por su patria era bueno:
ojos como áscuas, brillantes,
y, como la noche, negros;
¡por un poco subido,
sin dejar de ser moreno,
y formas como de atleta
para los grandes esfuerzos.

Sin vacilar para nada,
expuso así su proyecto:
"La casualidad, no hay duda;
"mándanos este instrumento;
"y ¿no encontraréis una cosa
"para elevarle del suelo?
"Aquí estoy, ved: mis espaldas
"podrán resistir un peso:
"yo serviré de cureña
"en bien de mis compañeros."
Aquél grupo de patriotas
guardó profundo silencio;
y ante decisión tan noble
los ojos se humedecieron.

Rayón sostuvo una lucha
con sus propios sentimientos:
el hombre se resistía;
mas pudo ante el jefe menos.

Postróse en tierra el valiente:
cuatro soldados pusieron
el cañón en sus espaldas,
y le sujetaron luego
con fuertes lazos... ¡Apuntan!
¡El primer tiro es certero!
¡Vuelven á cargar!... ¡Disparan
casi con el mismo efecto!
¡Hacen un tercer disparo!...
¡La muralla vuela lejos!
¡Y entonces se oye en el campo
celebrar aquel suceso
con vivas á nuestra patria
y mueras al extranjero!

Sólo una voz hace falta
en el general concierto
de corazones patriotas
unidos por un afecto:
es la voz de JUAN VALDIVIA,
quien se retuerce en el suelo,
entre dolores horribles
el espíritu rindiendo!
Antes de morir, pregunta
si ganaron ó perdieron,
y al escuchar la respuesta
dice: "¡pues con gusto muero!"

III.

¡Inmaculado patriota,
mártir de valor excelso:
por tu abnegación sublime,
por tu sacrificio inmenso,
eres sol en nuestras glorias,
y eres orgullo de México!

JOSE ANTONIO RIVERA G.



LAS NORIAS DE BAJAN

I

LA DERROTA

¿A dónde está el que en Dolores
Cual rayo despertó al pueblo,
Rasgando la negra nube
De su indigno vilipendio?
¿Dó se despeñó el torrente
Que, con empuje soberbio,
Derribando las barreras
Que tres siglos le opusieron,
Invadió los anchos campos,
Abatió muros excelsos,
Y llenó al mundo de asombro
Con sus inmortales hechos?
¿Dó está quien en Granaditas
Se apareció como espectro,
Prediciendo á los tiranos
Su caída y su escarmiento,
Llenando sus almas crueles
De turbación y de miedo?
¿Dónde está quien en las Cruces
Las anchas alas cerniendo
De su legión, al enjambre
De cortesanos perversos

Hizo temblar sobre el firme
 Pedestal de sus asientos?
 Descendia amenazante,
 Cual de encina el tronco inmenso
 Entre las soberbias ondas,
 Como peñasco tremendo
 Desprendido de la cima
 De! inaccesible cerro,
 Que arrastrando como aludes
 Piedras mil que en su descenso
 Van arrancañdo gemidos
 Sordos al convulso suelo.
 El anciano de Dolores,
 El grande, el fuerte, el excelso,
 Desde Calderón terrible
 Do le hirió el destino adverso
 Viene huyendo de los hados.
 Viene buscando el desierto:
 O cual león se retira
 Sangrando el herido pecho,
 Para reponer sus fuerzas
 Y á la lid tornar de nuevo:
 Como la ola, que chocando
 Con arrecifes, tendiendo
 La cauda, se vuelve, engrosa,
 Y con choque más violento
 Salta sobre el fuerte escollo
 Triunfante en el mar inmenso!
 ¡Oh, qué triste es la derrota!
 ¡Oh, qué triste es el cortejo!
 ¡Cómo se nutre con llanto!
 ¡Cómo se aísla de muertos!
 ¡Oh, cuán pocos acompañan
 A la miseria y al duelo!

II

EL CONVOY

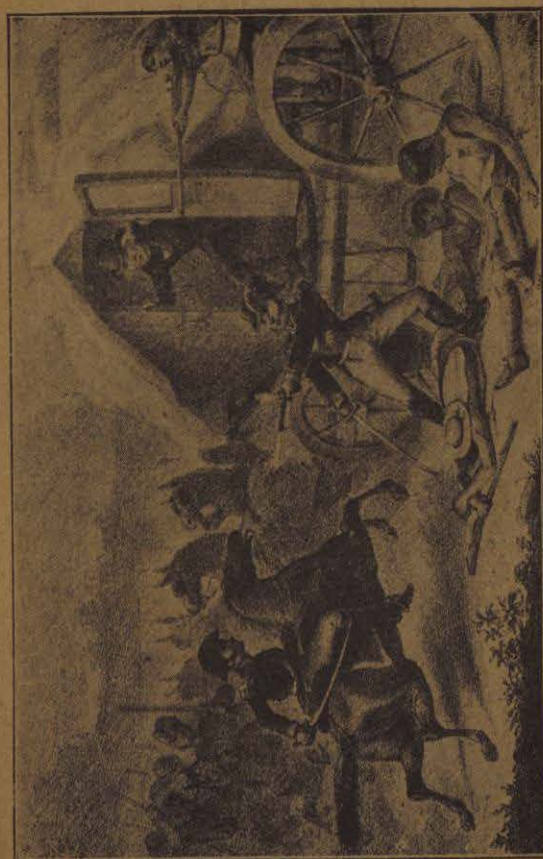
Convoy de muerte semeja,
 Convoy de muerte parece
 La marcha del grande Hidalgo,
 Y la marcha de sus héroes.
 Percíbense en la llanura
 Coches, caballos y trenes,
 Como se ven en las aguas
 De arrebatada creciente
 Ramas dispersas, que fueron
 La gala de los verjeles,
 Y derruidos paredones
 Sobre los trozos de césped.
 Allí va el noble Abasolo
 Dando ejemplo de prudente;
 Allí el invencible Aldama,
 Allí el impetuoso Allende.
 Y por todos lados marchan
 Los enjambres de sirvientes,
 Como la misma ignorancia
 Insustanciales y alegres.
 Marchan en tropel confuso
 Caballos, carros, mujeres:
 Parece una romería,
 Que están de fiesta parece,
 Y sólo los que conocen
 Cuánto con ellos se pierde,
 Ven entre nubes de polvo
 El convoy desaparecerse.
 Sintiendo dentro del pecho
 De los tormentos las sierpes,
 Y mientras así caminan
 Los heróicos insurgentes,
 Sus pasos espiondo cauta
 Sigue la traición aleve,

Y aquellos que la conocen,
 "Es de Elizondo la gente,"
 Dicen, y horrendas desdichas
 Y horrendos dramas presienten.

III

LAS NORIAS DE BAJAN

Es una triste llanura,
 Triste como mujer muerta.
 Y parece que en contorno
 Están llorando las sierras.
 La llanura está vestida
 Como de harapos de yerba,
 O más bien parece un cuerpo
 Invadido por la lepra,
 Entre peñascos muriendo
 Y espirando sobre arenas.
 Ni un arroyo que derrame
 De agua las delgadas hebras;
 Ni el espino que levante
 En alto sus ramas secas;
 Ni el abrojo que sus puntas
 Entre las guijas entierra.....
 Una loma como sogá
 Que al valle oprime y sujeta
 Se ve en la altura; es cual copo,
 Es como rota cadena
 Que á la luz estorba el paso
 Y el libre andar intercepta.
 A su pie salen del fondo
 De la tierra, cual cabezas
 De esqueleto unos vigones
 Ahorcándose en unas ruedas.
 Son las norias, que en vez de aguas
 Manan húmedas arenas,
 Y que sólo de mirarlas
 Las fauces se sienten secas;



Aprehensión de Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján.

Son de agua para el viajero
 Las mentirosas promesas;
 Pero son de desengaños
 Manantiales que atormentan.
 Norias de Baján se llaman,
 Y allí concurren por fuerza
 Los hombres hechos esponjas,
 Con sus instintos de bestias.
 Unas derruidas paredes
 De adobe, toscas y aviesas,
 Con troneras por ventanas,
 Faltas de techo y de puertas,
 Son las únicas guaridas
 En que gente se sospecha;
 Y tras aquella verruga,
 Jiba, papada y etcétera,
 Que llamamos una loma
 Que al valle ciñe y aprieta,
 Elizondo con su gente
 Se encuentra en ansiosa espera,
 De su traición saboreando
 Las horribles peripecias.

IV

EL ASALTO

“¡Alto, enemigos de reyes!
 “¡Alto, canalla maldita!
 “Que aquí se pagan las Cruces
 “Y se paga Granaditas.
 “A ellos, á su Rey traidores,”
 Voces destempladas gritan;
 Y el plomo rasga los vientos,
 Y ardientes alfanjes brillan.
 Era iauria de lobos
 Dando feroz embestida
 Al ganado que en los prados
 Bajo la sombra dormita.

Requieren los grandes héroes
 Las poderosas cuchillas;
 Allende, Abasolo, Aldama,
 Matando se centuplican.
 Los hombres inermes mueren,
 Las hembras temblando gritan,
 Y á punto están de envolverse
 En confusión inaudita,
 Vencedores y vencidos
 En atroz carnicería,
 Cuando se escucha un acento
 Que las mil voces domina,
 Como apaga el ronco trueno
 De aves inquietas la grita.
 "Tomad, si queréis, traidores,
 "De los que luchan las vidas,
 "Y no cebéis en mujeres
 "Y en los inermes las iras;
 "Donde caiga nuestra sangre
 "Nacerá vuestra ignominia,
 "Y donde diere la sombra
 "De nuestra tumba, habrá un día
 "Que como sol reverbere
 "La independencía divina.
 "Horror causarán al mundo
 "Vuestras frentes maldecidas,
 "Que la mancha de traidores
 "No borra la muerte misma".....

Los alevosos verdugos
 Ciñen á la comitiva,
 Y el convoy sigue su marcha
 De la tropa entre las filas.

GUILLERMO PRIETO



La muerte de Hidalgo

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo
 Tu esqueleto descarnado;
 Y con esa voz que vibra
 En las almas con espanto,
 Dile cómo Hidalgo el grande
 Cayó rendido en tus brazos,
 Y refuerza sus acentos
 Para que crucen los años.
 En la portada de Agosto
 Se reflejaba el sol claro;
 La ciudad está desierta
 Y silenciosos los llanos;
 Escuchábase con miedo
 E. resonar de los pasos,
 Cual si perturbar temieran
 De un moribundo el descanso,
 O despertar de su sueño
 Al tigre mal resguardado.
 Nada revelan las voces,
 Y nadie interrumpe el tráfico;
 Pero se ve en las miradas
 Cierta intenso sobresalto,
 Prontos á llorar los ojos,
 Frontos á gemir los labios,
 Y el sol como amarillento,
 Y cual de luto el espacio.